



Un grupo de niñas juega a la comba en un callejón del Bronx, en Nueva York.

:: TINA FINEBERG-AP

ORTIGAS
A MANOS
LLENAS

SARA MESA

Mirar de cerca

He acabado estos días 'Apegos feroces', un libro formidable publicado por la editorial Sexto Piso en el que a través de la relación entre una madre y una hija –y en especial de la memoria que las une– la periodista Vivian Gornik (1935) entremezcla su propia biografía –experiencia, aprendizaje, conocimiento del mundo– con el de un buen número de personajes –especialmente mujeres– de su infancia y juventud. La grandeza de un libro como este radica en la mirada de la narradora, una mirada atenta, comprensiva, dispuesta a entresacar –como quien encuentra la pepita de oro en el lecho de arena de un río– la luminosidad de lo cotidiano. Así, en 'Apegos feroces', los vecinos de un bloque de pisos del Bronx son recordados dando relieve a su particularidad intransferible. Familias irlandesas, italianas, judías; comerciantes, amas de casa,

prostitutas y curas, viudas que hacen de su duelo una forma de amor; rivalidades, amistades, cotilleos; bodas y funerales... historias pequeñas en apariencia pero que, por la forma en que se nos presentan, nos parecen enormes y tan atractivas que no podemos despegar los ojos de la página.

No sé si fue Alice Munro quien dijo aquello de que toda vida merece ser contada. Quizá no lo expresó así, con estas palabras exactas, pero sus cuentos son buena muestra de la importancia que ella también da a estas pequeñas vidas, las consideradas invisibles, vulgares, cotidianas, las que forman la marea de la ordinaria –y engañosa– normalidad.

La cuestión es que ese empeño, el de transmutar en materia literaria lo que en apariencia calificaríamos como anodino, requiere más atención y perspicacia de lo que parecería a primera vis-

ta, porque hay que descubrir en cada personaje aquello que lo convierte en único, especial y vivo, lo que lo saca del trazo grueso y la caricatura. Sólo de esta manera se escapa del engañoso concepto de cotidianidad: esa masa uni-

forme de vidas grises. Porque, no nos confundamos, en lo cotidiano entra todo: lo sublime y lo horrible, la fidelidad y la traición, el hambre y el hartazgo.

Muchas de las grandes obras de la literatura universal están protagonizadas por personajes que, en manos de escritores mediocres, habrían resultado espantosamente normales. Después de todo, quién es Madame Bovary sino una aburrida mujer de clase alta que ya no desea a su marido, quién Leopold Bloom sino un agente de publicidad de mediana edad que es infiel a su mujer, quién Gregor Samsa sino un joven viajante de comercio que aún vive con sus padres... Más allá de la radical innovación del lenguaje literario que protagonizan –cada uno de ellos a su manera–, ¿acaso no representan el espíritu de su época y contexto, el de la burguesía francesa de mediados del XIX, el de la comunidad judía en la Irlanda de primeros del XX, el del trabajador en la era de la industrialización masiva, abandonado y machacado por la sociedad a la que sirve? Y sin embargo, su 'normalidad' nos sobrecoge no por lo anómalo de sus peripecias, sino por el camino del reconocimiento: sus historias, de alguna forma, podrían ser tam-

En 'Apegos feroces' aparece una mirada atenta. Porque en lo cotidiano entra todo: lo sublime y lo horrible, la fidelidad y la traición, el hambre y el hartazgo

bién las nuestras. El relato de lo cotidiano no es inane ni inofensivo; muy al contrario, aunque venga con el envoltorio de 'lo común', suele ser el más crítico y ácido, a veces hasta el escozor.

El dramaturgo Juan Mayorga, en su obra 'El chico de la última fila', expone esta idea a través del diálogo entre Claudio, un alumno que escribe cínicas redacciones sobre la gente de su entorno y su profesor Germán, crítico ante la simplificación de su sátira. «Ya sabemos de la infinita mezquindad de la clase media», dice Germán. «Ya se sabe que la clase media es fea, banal, estúpida. También lo era la aristocracia rusa, pero Tolstoi se las arregló para escribir 'Anna Karenina'. Y Dostoievski, ¿sabes el secreto de Dostoievski? Hacer de personas vulgares personajes inolvidables. Pero si lo que tú quieres ser es un caricaturista...» Claudio replica que él no caricaturiza, sino que se limita a escribir lo que ve: «Usted dijo que los mirase de cerca. Cuanto más de cerca los miro es peor. Escribo lo que veo». «Si esto es todo lo que ves –continúa el profesor–, es que no vales para esto –y entonces, enfadado, le da tres libros, uno detrás de otro–. «Dickens. ¡Chéjov! ¡Cervantes!»... Buen trío, sin duda, al que habría que añadir otros muchos nombres de escritores que gozan de esa capacidad de «hacer de personas vulgares personajes inolvidables».

Si alguien creía que escribir sobre vidas 'normales' es poco ambicioso, se equivoca: a veces, es mucho más sencillo agarrarse a las deslumbrantes historias de aventureros, héroes, amores imposibles, asesinos en masa o mafiosos que a las vidas domésticas, familiares, del aula escolar o el patio de vecinos. Por supuesto, de lo que se trata es de si hay brillo o no en la manera de contar, no en sí de la materia narrativa: no hay asuntos mayores o menores. Yo ese brillo lo he encontrado estos días en un bloque de pisos del Bronx: aquel en el que vivió Vivian Gornik en los años 40.

